

Trigésimo Tercer Domingo del Tiempo Ordinario C2022

Cada año antes de la fiesta de Cristo Rey que sanciona el fin del año litúrgico de la Iglesia y el comienzo del otro con el Adviento, las lecturas hablan del fin de los tiempos. La narrativa sobre el tiempo del fin se propone sobre el trasfondo del desarrollo de la historia humana que nos da la impresión de que no hay nada nuevo en el mundo, que el mundo siempre ha existido en el pasado como existe hoy y existirá en el futuro. .

El contenido de las lecturas de hoy muestra que eso no puede ser cierto. Para entender mejor estas lecturas, necesitamos saber que, para los judíos, el tiempo se dividía en dos edades: la era presente y la era a venir. La era presente es aquella en la que el bien y el mal coexisten. La era a venir fue vista como la era dorada de la supremacía de Dios sobre todo el mundo. En el medio, estaría el día del Señor, que se consideraba como un tiempo terrible y de dolores de parto de la nueva era.

Cuando el profeta Malaquías habla del día resplandeciente, cuando todos los malhechores y los soberbios serán destruidos, se está refiriendo a la venida del día del Señor. Ese día será también un momento de liberación para aquellos que serán temerosos y fieles a Dios.

Dos ideas principales están detrás de esta profecía: la convicción de que la prosperidad de los malvados llegará un día a su fin. Y otra, la esperanza de que los que son fieles a Dios algún día sean recompensados por su fidelidad. En este sentido, la profecía es una advertencia a los impíos para que se arrepientan y eviten el castigo de Dios. Es también un llamado a los fieles a perseverar en el temor de Dios y en hacer su voluntad.

El contenido de esta profecía se reformula en el discurso que Jesús presenta en el Evangelio. El punto de partida del discurso de Jesús es consecuencia de una observación de algunas personas sobre la belleza del templo. Para Jesús, a pesar de toda su belleza, el templo no es eterno; algún día será destruido como cualquier otro esfuerzo humano.

La intención de Jesús al hacer tal declaración es llamar la atención de sus discípulos sobre la fragilidad de la condición humana que no solo se limita a los edificios que la gente produce, sino que, más allá de ellos, afecta a la vida humana y, lo que es más importante, a la historia misma. En esta perspectiva, la atención de Jesús no es sólo al templo como tal, sino a quienes entran en esta casa y, a partir de ellos, a la historia en general. Entonces, podemos comprender la reacción de los discípulos que quieren saber cuándo ocurrirá esta destrucción y las señales que la acompañarán.

En lugar de responderles directamente, Jesús les advierte contra el engaño de aquellos que pretenden actuar en su nombre. Les invita a la prudencia ya la serenidad. Incluso si hubiera guerras e insurrecciones, hambrunas y plagas, conflictos entre naciones y terremotos, esto no sería, sin embargo, el fin en absoluto.

Con esta observación, Jesús nos recuerda la verdad que siempre ha defendido, es decir, que no sabemos la hora ni el día del fin del mundo. Si es así, lo más importante no es el fin en sí mismo, sino nuestra conversión de corazón y nuestra preparación para encontrarnos con el Señor, para que cuando regrese nos encuentre preparados.

Es por eso que Jesús guardó silencio ante la pregunta de saber cuándo sucederán estos hechos. Ese silencio significa que solo Dios sabe cuándo sucederá el fin de los

tiempos. Por nuestra parte, lo que tenemos que hacer es estar atentos. Este es el tiempo de vigilia en el que no tenemos derecho a dormir, sino a estar despiertos en el Señor.

Presumo que los a quienes les gusta usar las imágenes de desastres mundiales, como el caso del Tsunami o el huracán Katrina, como castigo de Dios o señales precursoras del fin de los tiempos, se sienten realmente incómodos con lo que estoy diciendo. La verdad, sin embargo, es que una religión basada en el miedo nunca puede producir una verdadera conversión. La verdadera conversión viene solo en libertad cuando uno se aparta voluntariamente del pecado y entrega su vida a Jesús. Después de todo, ninguno de nosotros puede decir que es mejor que los que murieron en el tsunami o el huracán Katrina.

Cualquiera que sea nuestra situación, como en caso de persecución o rechazo por parte de familiares, parientes o amigos, una cosa es segura: Jesús es nuestra seguridad y nunca nos faltará su asistencia y el consuelo de su Espíritu Santo. Por eso Jesús insiste en que en el momento de la adversidad demos testimonio como nuestra señal de apego a él.

Tenemos que recordar que Jesús está con nosotros y asegurará nuestra defensa. Él nos dará el discurso correcto que ninguno de nuestros enemigos podrá refutar o destruir. Él cuidará de nuestra integridad física. Por eso afirma que ni un cabello de nuestra cabeza será destruido. Todo esto se resume en una sola verdad: en tiempo de conflictos, problemas y adversidades, siempre tenemos que recordar que no estamos luchando solos, sino con Jesús que está a nuestro lado. Tenemos que perseverar, porque solo la perseverancia asegurará nuestras vidas.

No significa que tenemos que odiar al mundo por su rechazo o persecución. Al contrario, tenemos que amarlo y trabajar en él para su transformación hasta el día en que el Señor regrese. Este es el ejemplo que nos da san Pablo y que nos recomienda seguir. Insiste en que trabajemos duro para ganarnos la vida libremente. Nos anima a no depender de los demás.

Lo que San Pablo quiere es que entendamos que nunca podemos usar la espera del regreso del Señor como una excusa para no estar activos en el mundo. En este tiempo de espera, tenemos que transformar el mundo con nuestro trabajo y rendir cuentas ante Dios. El nuevo mundo que estamos esperando al final de los tiempos se inicia hoy a través de nuestro paciente trabajo para transformar las condiciones del mundo actual. Oremos para que el Señor nos ayude a comprender esta verdad y nos dé la gracia de implementarla en nuestras vidas. ¡Dios los bendiga!

Malaquías 3: 19-20a; 2 Tesalonicenses 3: 7-12; Lucas 21: 5-19



Fecha de la Homilía: el 13 de Noviembre, 2022

© 2022 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20221113homilia.pdf